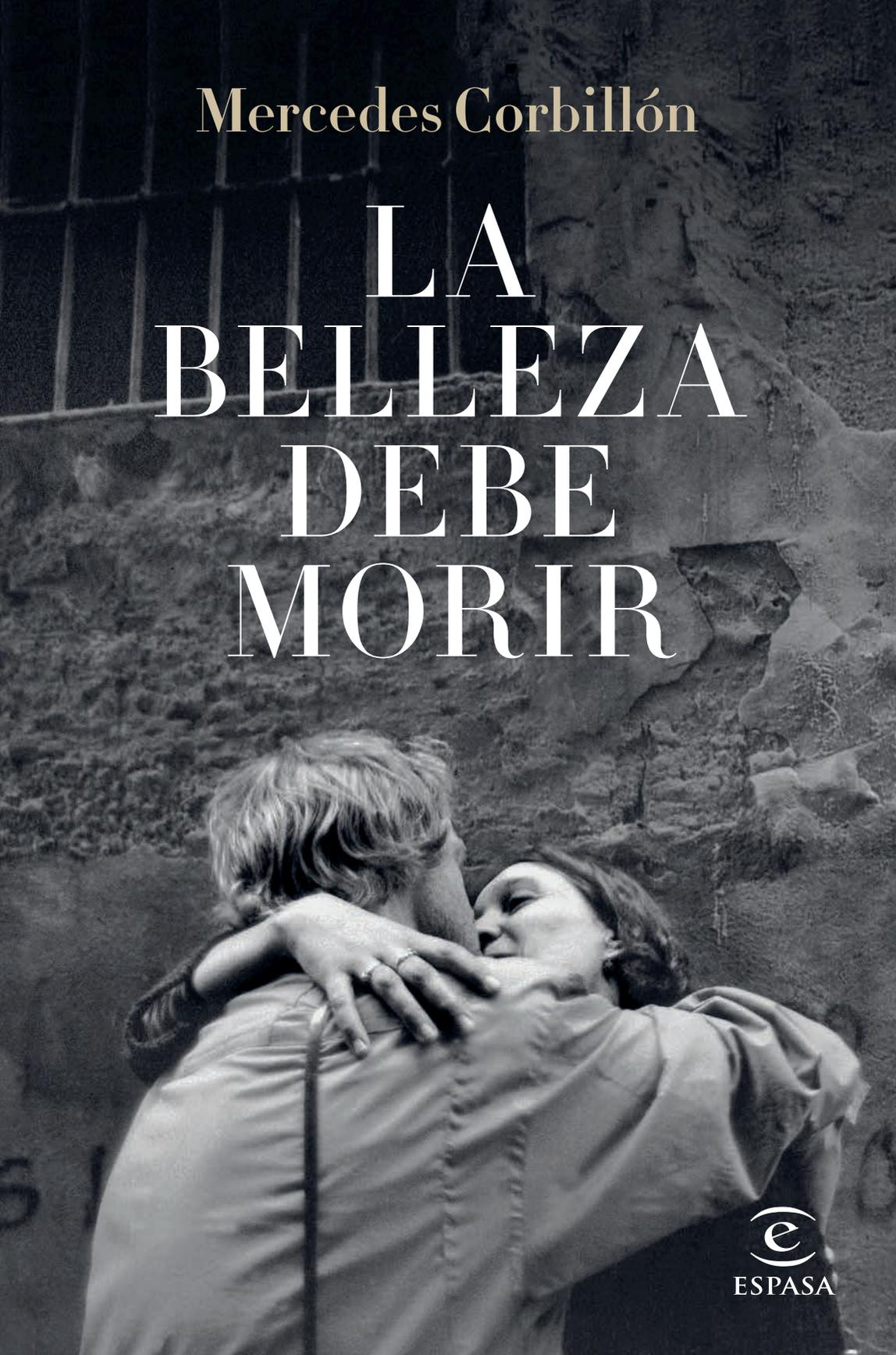


Mercedes Corbillón

LA
BELLEZA
DEBE
MORIR




ESPASA

MERCEDES CORBILLÓN
LA BELLEZA DEBE MORIR



© Mercedes Corbillón, 2023
© Louise Glück, por «El dolor de Circe» y fragmento de «Parábola de la bestia», © Visor
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 4862-2023
ISBN: 978-84-670-6725-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España/*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

NATIONAL GEOGRAPHIC

Nos morimos una tarde de otoño, con aguacero. Tú te quitabas los zapatos y los dejabas sobre el radiador, y yo pensaba en París y en los poetas muertos y en los cementerios a los que nunca iría contigo.

El árbol de Navidad parpadeaba a tu lado. Era noviembre. Todo era a destiempo entre nosotros.

Te sacudiste las gotas de agua, que te brillaban como purpurina en los rizos, y te sentaste a la mesa vestido con mi pantalón de pijama de Mickey Mouse.

Dijiste que el vino era malo y que yo era el amor de tu vida, todo en la misma frase, como si fuera el estribillo de una canción absurda. La tortilla ya estaba fría y las espinacas de la quiche se me quedaron atrapadas entre los colmillos. No pude abrir la boca mientras me hablabas de serpientes. Lo sabes todo sobre las serpientes y me lo contaste concienzudamente, con esa forma tuya tan natural de hacer *mansplaining*.

A mí me importaba un bledo la pitón más grande del mundo, que al parecer estaba en un terrario de Chicago, y no me creí que en Galicia no hubiera víboras porque en la aldea de mi madre siempre las hubo. Las llamaban «bichorros». Lo sé porque la abuela me contaba la historia de un vecino que se murió haciendo la siega. Era tan pobre que, aunque sintió la picadura y vio marchar al reptil entre la hierba recién cortada, siguió trabajando con la guadaña.

Eran tiempos en los que era mejor perder la vida que el jornal.

Así que igual te crees saber más de lo que sabes, pero eso debe ser el amor, escuchar las cosas inútiles que tiene otro en la cabeza y no pensar, contener el impulso de decir «Cállate, idiota», parpadear y mirar fijamente, detenerse en tus pestañas y su movimiento bamboleante, aunque, en ese momento, debo admitir, lo único que yo quería era recoger los platos e ir al baño a lavarme los dientes. Lo hice en cuanto se acabó el mención y fui a buscar otra botella.

A la segunda ya no te importaba la denominación de origen. Sabía que te gustaba más el rioja, pero escoger según mis gustos era una forma de empoderarme. Qué expresión tan estúpida, pero me negaba a complacerte también en eso.

Unos días atrás le había dicho a mi amiga Susana que una mujer jamás debe olvidar que lo que es está por encima de lo que siente. Como idea está muy bien, y ella, que es joven y lista y además me quiere, me alabó la frase. Luego se quedó callada, seguramente pensando en qué demonios significaba eso.

Me acordé de esta conversación en el *delicatessen* de Dr. Teixeira justo cuando iba a escoger La Montesa y cambié de inmediato a un Guímaro edición especial. Diecisiete euros la botella, pero a ti te pareció un horror, un horror que bebiste a buen ritmo, todo hay que decirlo. Eres un perfecto dipsómano y un perfecto esnob y yo, una buena aprendiz. Del beber mucho. Ser esnob me parece demasiado cansado. Bastante tengo con inventar sentencias que a la hora de la verdad solo se refieren a marcas de bebida.

Cuando regresé a la mesa con la boca fresca, con la botella en una mano y una tableta de chocolate en la otra, la rodeé para besarte. Siempre me apetece besarte, creo que nunca nada en la vida me ha gustado tanto como besarte,

pero también para que no siguieras hablando del tamaño de las anacondas. Al sentarme, dije: «¿Sabes?, los búhos compiten con los zorros por el alimento y se atacan entre ellos».

Aquella tarde parecíamos el puto National Geographic.

Los días de tus ausencias me dedicaba a ver documentales de La 2 para surtirme de inspiración y escribirte, o para poder mantener contigo conversaciones inanes. Ya era todo demasiado intenso entre nosotros. Era vernos y sentir como si nos hubieran enchufado a una corriente muy pasada de voltios. Necesitábamos temas frugales, anodinos, para rebajar la tensión.

Y para no hablar de nosotros.

«Nosotros» era una palabra sin futuro, y las palabras sin futuro tienden a desmoronarse en el presente.

Mejor evitarlas.

Allí, en «la mesa del destino», como tú la llamabas, habíamos extendido alguna vez la rosa de los vientos exponiendo todas las salidas posibles, pero la aguja jamás se detenía en ningún punto.

No había caminos, solo caos.

Supongo que oírme hablar a mí de luchas animales te pareció demasiado extraño, signo inequívoco de que me estaba yendo por las ramas, evitando tableros con brújulas que no conducen a ninguna parte.

Te levantaste y me cogiste de la mano, tirando de mí para que yo hiciera lo mismo.

Nos besamos.

La Berenguela repicó seis veces. Cuando acabó el sonido del cobre, abrimos los ojos. Los tuyos se habían vuelto líquidos, como si se estuvieran deshaciendo.

Fuera arreciaba.

Nadie por la calle. Solo el agua rebotando en la piedra.

LA INVENCIÓN DEL AMOR

Ahora que eres una huella a punto de desaparecer, quiero recordarte para luego olvidarte, como hizo Machado con Guiomar.

En cuestiones de amor, que el amado haya existido o no es lo de menos.

Como todos los amantes, muchas veces hemos recreado aquella noche en que nos conocimos.

¿Existe el amor a primera vista?

Nosotros no creemos en esas pamplinas. En general, tú y yo creemos en poca cosa. En un buen whisky, en la belleza, en la eterna contradicción del ser humano.

Cruzamos la mirada en aquel restaurante y nos quedamos algo enganchados en ella.

Supongo que nos reconocimos.

La posibilidad del juego, la intolerancia al aburrimiento, el instinto depredador.

El restaurante era uno de esos céntricos y modernitos, con techos altos y muchas plantas de interior, y una enorme cocina a la vista en la que faenaban jóvenes cocineros que movían las sartenes como si fueran los platos de una mesa de disc jockey.

Me levanté al baño y me seguiste hasta allí. Antes de hacerlo, me miraste de arriba abajo, supongo que para comprobar que mi cuerpo estuviera entero. Allí, entre los azulejos blancos, pudimos mirarnos más de cerca y sin

mucho disimulo en el espejo, aunque no pasamos de la descarada mirada.

No parecías el tipo de hombre que persigue a una mujer. Tampoco yo había derrochado nunca antes tanto dinero, pero sucedió.

Te pasaste toda la noche retorcido en la silla hasta que, un poco más tarde, cuando me puse el *rouge*, un show que hice para ti en la mesa y a los postres, te atreviste a decirme: «No te hace falta».

Recuerdo el rubor en las mejillas a pesar de mi soltura, algo impostada. Ni siquiera llevaba un espejo: para pintarme los labios utilicé el teléfono.

Un poco después te fuiste. Sentí pena al verte marchar, después de que me lanzaras una última mirada.

Luego el azar insistió y quiso que nos encontráramos en el siguiente bar. Era sábado y un montón de gente se amontonaba con copas en la mano en aquel pub pequeño de la plaza de Vigo que tiene un toldo negro sobre la acera.

Nos abrimos paso entre la marabunta y, al cruzarnos, no dudaste, agarraste mi muñeca y dijiste: «No sabes cómo me alegro de verte».

Como si fuéramos viejos conocidos que hace tiempo que no se encuentran.

Eso lo hemos pensado mucho, en la posibilidad de que nos hayamos tratado en otras vidas.

Hubo reconocimiento aquella noche, pero ¿acaso no es eso el amor, reconocerse?

Te di mi teléfono, lo había pintado en una servilleta con mi barra de labios, pero en el restaurante no me había atrevido a dártelo. Lo cogiste con aprensión y yo me reí, ¡no hay restos biológicos, tranquilo! Te dije mi nombre y el tuyo. Tú pensaste que te conocía de algo. Podía ser, eras un hombre guapo y no pasabas desapercibido, pero no, yo no te había visto jamás, ni siquiera vivía en tu ciudad, solo

había oído cómo tus amigos pronunciaron tu nombre, ese tipo de información que de modo habitual desecharía y que almacené por instinto.

No imaginé el alcance que tendría ese nombre. Tu nombre.

Te conté que era de Santiago y que estaba celebrando el divorcio de una de mis amigas, una tontería que utilizábamos a veces para que nos dieran chupitos gratis.

A los ojos de la gente, una mujer divorciándose tiene algo de desvalimiento. Por el contrario, un hombre que se divorcia tiene todo de oportunidad.

Tú ya lo sabías, lo del divorcio os lo había dicho el camarero mientras esperabais en la barra a que quedara una mesa libre, que resultó estar a nuestro lado. Por eso entraste con la mirada dirigida hacia nosotras y me viste, como si estuvieras frente a una representación de la última cena y yo fuera la figura principal, un cristo femenino, sonriente y con ojos de fuego.

Eso decías a veces, otras que te sentiste como Kevin Spacey en aquella escena de *American Beauty*, cuando ve a la chica rubia desde la grada y todo lo demás se borra, desaparece.

Pero yo creo que eso te pasó después, no esa noche, sino después, aunque los enamorados tenemos la costumbre de regresar siempre a la génesis e imaginar que hubo un big bang que lo creó todo desde la nada. Un mundo nuevo que implosiona y se despliega de pronto, con todos los detalles.

Nos quedamos a pocos metros, entre el rebumbio de gente y música alta, el barullo frívolo de las noches en los bares, tú con tus amigos, yo con mis amigas, ambos mirándonos de reojo.

Cuando nos íbamos, volvimos a hablar y nos tocamos de nuevo las manos. Ese contacto con la piel fue premonitorio.

¿Puede una piel desconocida comunicarte algo?

Estabas cerca de la puerta y pendiente de mí para darme tu teléfono. El *rouge* se había emborronado y los números que pronto te aprenderías de memoria habían quedado completamente ilegibles.

Tenías interés, era obvio, y, sin embargo, hubo un momento en esos minutos de conversación en que te noté un poco distinto. Mientras me hablabas, tu mirada se alejó un poco, no hacia otras personas, sino hacia dentro de ti.

Creo que te presté atención de verdad a partir de ese momento y no antes.

Me gustaste justo en el segundo en que te alejaste de mí.

«Ya reculé un poco», les dije después a mis amigas. Era obvio que estabas casado y pensé que no querrías pasar del tonto; que en ese instante estabas recalculando la dirección.

Luego me contarías que, en realidad, estabas dudando si pedirme que ignorásemos a nuestros amigos y nos fuéramos juntos a tomar una copa. También que, cuando me tocaste, sentiste una electricidad inédita.

No me lo pediste. Te quedaste callado y nos dijimos hasta pronto.

En cualquier caso, yo tampoco habría aceptado, a esas horas ya no estoy en plenas facultades.

Y un divorcio de mentira es sagrado.

LA BELLEZA DEBE MORIR

La belleza debe morir.

Eso fue lo último que te dije aquella noche, muchas horas después de besarnos en mi salón.

De banda sonora, la campana y la lluvia.
Y los látigos de mi corazón.

Mi corrector dice «látigos» en lugar de latidos. Será que la inteligencia artificial sabe ya poner nombre a las cosas mejor que los escritores, mejor que yo, que no soy escritora y todavía siento ese beso en las tripas.

¿Será que todo es artificial?

Me pregunto qué sentido tendrá la vida una vez que se hayan descubierto todos los misterios. Qué será de nosotros si la ciencia descubre finalmente los procesos químicos que llevaron a Dante a sentir aquello en la presencia de Beatriz, o a Stendhal ante la fachada de la Santa Croce.

A la mierda el mundo en el que está todo explicado y no queda sitio para la poesía.

Empiezo a escribirte ahora que han pasado semanas desde entonces.

Supe inmediatamente desde que nos separamos allí, frente al Atlántico, que nunca volvería a verte ni a oírte. Una bruma espesa nos envolvía, la piedra brillaba devolviendo el reflejo de las luces amarillas. Si hacía frío, no lo sentí. Me dijiste: «Te quiero». Yo no saqué las manos de los bolsillos.

Nos dimos la espalda y empezamos a caminar, como si estuviéramos en un duelo.

Treinta pasos y bum, el disparo. Nuestro disparo fue el silencio. Aún resuena en mis oídos.

Nunca más tu voz. Eso sí que es una explosión. Una de esas que te deja un pitido en los oídos durante mucho tiempo. Acúfenos, creo que se llaman. Les pasa mucho a los músicos, por haber escuchado acordes demasiado altos demasiado tiempo.

Una vez escuché a una escritora decir que había subido el volumen de sus emociones, una operación arriesgada. Sus personajes parecían estar siempre al borde del precipicio emocional, pero en aquella novela, que yo había leído, te hinchabas a llorar, entrabas muy fácil en aquel juego suyo de deformarlo todo, de exagerarlo.

Nosotros también exageramos mucho, desde el principio, como si hubiéramos encontrado en la hipérbole nuestra medida y, como lectores o espectadores, llorábamos ante lo despiadado de nuestra propia película.

Lo despiadado era que no éramos capaces de hacerla realidad.

Y dolía, como solo duelen las cosas de mentira.

PEOR PERSONA

Estoy en Venecia, escribiéndote una carta que nunca te mandaré. Mi madre descansa en el hotel. Ha llovido de manera inclemente todo el día y, aunque no hay climatología que empañe la belleza de este lugar, el día ha sido demasiado desapacible para ella.

Hemos discutido por una sopa, la critiqué por darle tanta importancia a la comida. Esa necesidad de comer tan sano, tan preparado, tan perfecto; esa sacralización de los alimentos, ese endiosamiento de la dieta me pone nerviosa. Le dije, mordaz y malvada, que cuandouviésemos que cuidarla se olvidase de comer sopa cada día. Se le llenaron los ojos de lágrimas y la odié por ello, por el drama constante y por necesitar una puñetera sopa cada día.

Inmediatamente me odié a mí misma. ¿Será que el desamor me hace peor persona?

21 DÍAS

Pensé que después de mi día 21 todo sería más fácil. Dicen que son los necesarios para adquirir un hábito o para perderlo. Mis referencias son los programas de la tele y así me va. Cuando llegó el día 22 y tú seguías ahí, agarrado a mis tripas como mis quilos de más, me vine abajo, me desvanecí como un edificio de ceniza, que es una frase preciosa que leí a alguien a quien no puedo citar porque no recuerdo su nombre.

Estamos hechos de retales hasta para las metáforas y el olvido, fabricados con pedacitos de aquí y de allá.

Me inquieta el momento en que empezaré a olvidarte. No saber cuál es. Quizás es este, desmentido por el hecho de que esté insomne tecleando con un dedo en un aparato iluminado en medio de la noche.

El agua rebota en el suelo desde el canalón de la iglesia y hay gente por la calle que es feliz o huye un rato de su infelicidad.

A mí me encanta la noche, esa liturgia de barras y alcohol. Aunque ya me gustaba antes, cuando no bebía. La noche abstemia y la noche ebria son completamente distintas. En cualquier caso, mis noches son y siempre han sido Disney, sin pastillas ni rayas de coca ni sustancias estupefacientes. No sé cómo he conseguido llegar a los cincuenta sin probar las drogas. Qué patético.

Excepto el amor, que es una droga dura, por lo que se ve. Cuesta la hostia desengancharse.

Por otro lado, da miedo que se acabe y desaparezca todo, incluso la memoria.

Perderte a ti es un hecho.

Perder lo que me haces sentir, una posibilidad.

Tengo que escribirte antes de que eso suceda.

Escribirte.

Tú como objeto directo de esta oración.